



# De guerra y pensamiento en España

## La obra de José García Caneiro

*La racionalidad de la guerra. Borrador para una crítica de la razón bélica*

por JOSÉ GARCÍA CANEIRO

Madrid: Biblioteca Nueva, 2000

*Guerra y filosofía*

por JOSÉ GARCÍA CANEIRO y FRANCISCO JAVIER VIDARTE

Valencia: Tirant lo Blanch, 2002



La palabra guerra es simultáneamente un término ambiguo y preciso. Ambiguo porque conceptualmente con esta expresión se abarcan actividades que van desde la lucha armada y sangrienta entre agrupaciones organizadas hasta un apuro o combate moral; y preciso porque describe a una institución de Derecho Internacional Público, para algunos autores la más relevante. Esta ambivalencia de la palabra a la hora de tratar el tema que nos ocupa genera no pocos problemas.

La guerra es ante todo un enfrentamiento de poderes, un choque en todas sus dimensiones. Y no es un acto ni ético, ni justo, ni económico... ni siquiera militar. Es un acto político, el más relevante de cuantos existen, de gestión de poder, de modo que cualquier análisis que se realice sin tener en cuenta este hecho, esto es, referido solo a uno de los planos, es incompleto, falso y profundamente erróneo. La guerra es una función, un instrumento de la política y quien vea en ella otra cosa yerra gravísimamente. Conocer la guerra, entenderla, como conocer el cáncer es importante, una tarea que no puede delegarse.

Así, el estudio de la guerra comienza en la antigüedad y llega hasta nuestros días, desde Sun Tsu o Lao Tse (el *Tao Te King* es, para algunos autores un tratado filosófico militar) hasta Janowitz, Walzer o Ignatieff, pasando por Flavio Vegeccio Renato, el general Almirante, Villamartín o el Marqués de

Santa Cruz de Marcenado. Siempre hay algo nuevo que estudiar, pues la guerra es un hecho social, una institución que evoluciona con el hombre que es su centro de referencia, de modo que cada tiempo, al decir de Clausewitz, tiene su particular teoría de la guerra.

La base doctrinal de la guerra, como su rigor exige, es un cuerpo sólido en absoluto despreciable, que constituye el núcleo central de un cierto pensamiento. Como los economistas o los jurídicos tienen sus escuelas e intelectuales de referencia que son los ejes de sus culturas, los militares tenemos los nuestros y también nuestro propio entorno cultural. Todos procedemos de la misma sociedad y no somos tan diferentes. Y en este mundo de vasos comunicantes, nos enriquecemos con aportaciones de otras subculturas diferentes. Una vocación de conocer sin anteojeras es lo que distingue al auténtico intelectual del creyente. Después está su compromiso.

No obstante, y especialmente en nuestro país, este estudio ha estado condicionado, aun dentro del mundo académico, por lo políticamente correcto. Durante años, bastaba sólo citar la palabra guerra para tener que realizar a continuación una suerte de profesión de fe en nombre de la paz. Ahora parece que las cosas están cambiando y un aspecto políticamente tan relevante como este se ve tratado con el rigor que merece, lo que se manifiesta en el florecimiento de numerosos centros dedicados a los estudios sobre Seguridad y Defensa.

Este abandono también ha otorgado a las escuelas anglosajonas una prominencia a mi parecer indebida. Ciertamente están los señeros trabajos de Vestrynge, Alonso Baquer, Sánchez-Fertosiso, Fraga, d'Ors, Álvarez Arenas... pero no son equiparables en número a los que se realizan en otros países y culturas. Y además, las escuelas anglosajonas y su poderoso aparato mediático muestran poco interés por dar entrada a pensadores que puedan en algún momento rivalizar con su evidente superioridad. Debemos ser nosotros también quienes recuperemos a nuestros muy olvidados clásicos en éste área y los pongamos en valor.

Pocos son los militares que se han ocupado de estos estudios. Como sostiene Hew Strachan “el soldado profesional no se siente preocupado por la estrategia”; así, parece que los militares de todo el mundo – con notables excepciones - hayan dejado de interesarse por pensar la guerra en grandes términos, más allá de consideraciones históricas u operativas, especialmente a nivel filosófico o político-estratégico, siguiendo una tradición que se remonta desde antiguo y se prolonga al menos hasta 1945.

El problema es que en general, los militares preferimos ver y tocar a oler y gustar; nos hemos hecho técnicos pese a nuestra vocación humanista. El oficial por excelencia es práctico, “operativo”, resuelve, se ciñe a los hechos -ya tiene bastante con ellos- y es poco propenso a trascender; a elevar la mirada por encima de la realidad que ha de gestionar; a plasmar por escrito las reflexiones fruto de su experiencia cuando no es ese su cometido. Pese a su amplia capacitación es, además, tímido y humilde para hacerlo. Es más, la estrategia es una habilidad específica, el arte del general, que queda

consignada a unos pocos elegidos; a este nivel de decisión corresponde aquel cometido, no a sus estratos inferiores y el tiempo del general es siempre un bien escaso para una realidad acuciante.

Es este un arte muy intuitivo con componentes de genialidad que permite simultáneamente captar por adelantado los elementos decisivos de un cierto teatro o situación y guiar a un importante contingente humano en su consecución. Esta capacidad, para potenciarse precisa de una excelencia solo posible desde el conocimiento, pero también de una sensibilidad que solo puede ser fruto de una esmerada educación.

También nuestro país presenta una singularidad que hace que esta tendencia desincentivadora sea aún más acusada y es una cierta prevención a expresarse sobre cualquier cuestión. Felizmente, la normalización democrática está quebrando estas actitudes; deben tomarse, eso sí, todas las cautelas en las aseveraciones que hace quien tiene la responsabilidad institucional de las armas y un deber de neutralidad política.

Todos somos responsables de lo que decimos y los militares más, pero eso no quita que la academia en tanto que espacio de pensamiento y reflexión le deba ser ajeno; hay áreas, la mayoría, que nada tienen que ver con la actividad política ordinaria y en la que su contribución puede ser muy relevante e incluso imprescindible. La colaboración entre la Universidad y las Fuerzas Armadas, por lo demás normal en todas las democracias del mundo, tiene en nuestro país aún mucho recorrido pendiente.

Llegados a este punto, me gustaría centrarme en la figura de D. José García Caneiro, a quien no tengo el gusto de conocer personalmente, y en la que confluyen la doble condición de militar- coronel del Ejército del Aire, piloto de caza y ataque con una carrera operativa completa- y académico – licenciado y doctor en filosofía.- Me voy a referir a dos obras complementarias, una titulada *La racionalidad de la guerra. Borrador para una crítica de la razón bélica*, editado en 2000 por Biblioteca Nueva; y *Guerra y filosofía*, escrita junto con el profesor Francisco Javier Vidarte y publicada por la editorial Tirant lo Blanch en Valencia en 2002.

El eje de *La racionalidad de la guerra* es el análisis de la obra del gran clásico del pensamiento militar, el general Carl Von Clausewitz, cuya teoría de la guerra es desmenuzada al tiempo que se sirve de ella para proyectar algunas de las categorías de pensamiento utilizadas por el filósofo francés Jacques Derrida con la idea de que la racionalidad que el pensador germano introduce en la guerra, a la que presenta como “una prosecución de la política por otros medios” (una expresión más atinada con lo que se distingue significativamente de la continuista traducción tradicional; de hecho, usa diferentes traducciones a distintas lenguas del trabajo del pensador germano por razones semióticas), no es tal en la medida en que queda desplazado de su aparente racionalidad.

El libro supone una profunda reflexión sobre la guerra, no una mera exposición de conocimientos en la medida que se utilizan diferentes autores y enfoques, aplicándose el análisis deconstructivo al

problema de la racionalidad de la guerra. Los debates se suceden y algunas cuestiones como el poder o la violencia y sus razones aparecen. Más relevantes que las conclusiones, que contradecir a Clausewitz, que no está nada mal y más si se hace desarrollando su mismo constructo teórico, son las preguntas que deja abiertas, en la medida en que son reenfoques de cuestiones ampliamente tratadas, pero no de la forma en que el autor hace.

El segundo de los libros, *Guerra y filosofía*, no pretende otra cosa que ser un compendio del corpus filosófico existente sobre el problema de la guerra, es decir, estamos ante una aproximación a la guerra realizada desde la perspectiva de la Historia de la Filosofía, centrada en las causas y origen de las guerras. La linealidad implícita al recorrido histórico sobre este fenómeno da pie a numerosos debates y es una buena síntesis de lo que los diferentes autores opinan sobre la cuestión. Esto permite deconstruir algunos conceptos y repensarlos bajo nuevas claves.

Algunos de los autores propuestos son grandes clásicos, tratadistas de la cuestión, mientras que otros, la mayoría, abordan el problema de la guerra colateralmente, tangencialmente al eje de sus trabajos; en este caso el valor añadido proviene del desarrollo del corpus ideológico del autor considerado sobre la problemática que nos ocupa: el porqué de la guerra y el porqué de su arraigo social.

Las posiciones de algunos son conocidas. Las de otros, no tanto; de ahí su valor. Por sus páginas desfilan sin solución de continuidad Platón, Aristóteles, Tucídides, San Agustín, Santo Tomás, Maquiavelo, Bodino, Grocio, Hobbes, Montesquieu, Rousseau, Hume, el abate de Saint Pierre, Kant, Fichte, Hegel, Clausewitz, Marx, Nietzsche, Freud, Ortega y Gasset, Schmitt, Foucault, Deleuze y Guattari o Baubricand.

A partir del siglo XIX un pensamiento más elaborado sobre la problemática que nos ocupa supone el cuestionamiento del sujeto racional, la búsqueda del enemigo y hasta la inversión de la "fórmula" de Clausewitz. La admonición final del autor, formulada en 2002 para la era del terrorismo global, es clarividente: "El terrorismo (como suplemento) ocupa el lugar de la guerra (como instrumento/medio de la política). La guerra, a su vez (y también como suplemento), ocupa el lugar de la política, se pone en su lugar e invierte la supuesta racionalidad de los medios y los fines, convirtiéndose así en un fin en sí misma. De esta manera, y a través de un doble proceso de suplantación (suplemento del suplemento), el terrorismo puede llegar a transformarse, de un medio (instrumento) –espurio y criminal- de la política, en un fin en sí mismo y asumir, de forma absoluta, las causas, objetivos, y razón de ser de la política."

Decía Dilthey que "a la naturaleza se la explica, al hombre se le comprende." El cáncer, ese mal que agrupa a más de 150 variedades diferentes, y la guerra han sido los males del siglo XX. La guerra, un mal que sabe esconderse entre muchos nombres, en los comienzos del siglo XXI sigue tan presente como el cáncer en nuestras sociedades. Si para tratar la enfermedad hace falta investigar en sus

raíces y para detectarla hay que someterse a pruebas y análisis, otro tanto sucede con la guerra. Del desconocimiento, tal vez, se derive una felicidad pasajera, pero también una menor expectativa de vida, cuando no un sufrimiento cruel. El pensamiento militar a la hora de abordar esta problemática, qué duda cabe, debe ser una referencia más para su estudio, en absoluto la única. Recordando a Newton y Kierkegaard, siempre se verá más lejos a hombros de gigantes, pues la vida se vive hacia delante pero sólo se comprende cuando se mira hacia atrás.

Federico AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS

Capitán de Fragata

Doctor en Ciencias Políticas

Analista principal del Instituto Español de Estudios Estratégicos